Paul Strathern

Filósofos en 90 minutos

KANT

en 90 minutos



Kant llevó una vida de rutina tal que los ciudadanos de Königsberg acostumbraban a poner en hora sus relojes cuando salía a dar su paseo de todas las tardes. Nunca salió de su ciudad natal, a orillas del Báltico y, sin embargo, sus clases de geografía sobre partes remotas del globo terráqueo atraían un público numeroso. Su ingeniosa explicación de la percepción humana revolucionó la filosofía, pero sus críticos sostienen que sólo un hombre que nunca vio una montaña pudo crearla.

En Kant en 90 minutos, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Kant, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. Una introducción y un epílogo sitúan la obra de Kant dentro del panorama de la filosofía, también se ofrece una completa lista cronológica. Finalmente, el autor destaca los propósitos de Kant, sus conceptos principales y su estilo mediante una selección de citas de sus obras más importantes, incluidas algunas de la *Crítica de la razón pura* y de la *Crítica de la razón práctica*.

Paul Strathern

Kant en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 9

ePub r1.0
Titivillus 11.11.15

Título original: *Kant in 90 minutes*
Paul Strathern, 1996
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Sólo que algo sea imposible no quiere decir que nadie intente hacerlo. Kant no sólo lo intentó, sino que alcanzó lo imposible. Después de que Hume hubo destruido la filosofía, y toda posibilidad de construir un sistema metafísico, Kant creó el sistema metafísico más grandioso. Su finalidad era la de refutar a Hume, pero por suerte había leído sólo la *Investigación sobre el entendimiento humano* de Hume, no el escepticismo más penetrante de su anterior *Tratado de la naturaleza humana*. De haber leído Kant éste, puede ser que no hubiera producido ningún sistema. Habría sido una gran lástima, pues toda una generación de profesores alemanes de filosofía del siglo XIX se habrían quedado sin trabajo.

El sistema de Kant es como la idea de la gravedad de Newton. No es la respuesta definitiva, pero se aproxima a cómo vemos todavía el mundo. No se equivoca uno mucho si se mira el mundo a la manera de Kant. La filosofía de Hume es esencialmente simplista; reduce nuestra condición filosófica a la estéril roca del solipsismo. Kant, al construir sobre las engañosas arenas del error, creó un castillo de arena maravilloso, de tal ingenio y complejidad que puede mantenerte felizmente absorto todas las vacaciones, con tu cubito y tu pala.

Es difícil decir algo sobre la vida de Kant. En realidad no tuvo una vida (fuera de su cabeza). Nada en absoluto de interés le sucedió. Sin embargo, la descripción de una vida del mayor tedio no tiene que ser aburrida en sí misma, como demostró su contemporáneo Casanova, y más recientemente Hemingway.

Vida y obra

Immanuel Kant nació el 22 de abril de 1724 en la ciudad báltica de Königsberg (hoy Kaliningrado, en Rusia). Ésta era entonces la capital de una aislada provincia alemana, la Prusia oriental. Los antepasados de Kant habían emigrado desde Escocia el siglo anterior, y bien pudiera ser que estuvieran emparentados con Andrew Cant, el famoso predicador escocés del siglo XVII. Se dice que Cant fue el origen del verbo inglés "to cant", que significa hablar en jerga, rasgo familiar éste que había de reaparecer con creces en el filósofo.

En tiempos del nacimiento de Kant, Prusia oriental se estaba recuperando de la devastación de una peste que había reducido su población a menos de la mitad. Kant creció en una atmósfera de pobreza piadosa. Fue el cuarto hijo de la familia y llegaría con el tiempo a tener cinco hermanas y un hermano. El padre escocés de Kant era cortador de correas. Solía decir, jocosamente, que "no conseguía terminar bien los extremos de las correas ni los fines de mes en el hogar". Kant guardó siempre respeto a su amable, aunque financieramente agobiado, padre y se dice que le gustaba, de niño, mirarle mientras cortaba hábilmente tiras de cuero para los arneses. No obstante, el filosófico psicólogo Ben-Ami Scharftstein señala que, vista la destreza de su padre, merece señalarse "la gran torpeza de Kant con sus manos".

Fuera o no así, e independientemente de lo que esto pudiera indicar con precisión, la principal influencia temprana que recibió Kant fue sin duda la de su madre. La señora Kant era una mujer sin ninguna instrucción, de quien se dice que poseía una gran "inteligencia natural", y esto es lo que influyó particularmente en su hijo Immanuel, o Manelchen ("Manolita"), como acostumbraba a llamarle. La madre de Kant solía llevarle de paseo por el campo y decirle los nombres de las plantas y las flores. Por la noche le mostraba las estrellas y le decía sus nombres y los de las constelaciones. Era una mujer piadosa, y sus maneras amables, aunque austeras, desempeñaron un papel decisivo en la formación del carácter moral de su hijo. Esta doble insistencia en los hechos y en el deber moral habría de permanecer con Kant durante toda su vida y fue primordial en su filosofía. La observación más famosa de Kant, hecha más de cincuenta años después, le devuelve a esos primeros años con su madre: "Cuanto más a menudo y más constantemente reflexionamos, los cielos estrellados arriba y la ley moral dentro de nosotros embargan el alma de una admiración y un respeto siempre renovados y siempre en aumento".

Kant fue educado dentro de una atmósfera pietista estricta. Desde los ocho a los dieciséis años fue a la escuela pietista local. Su inteligencia excepcional y su ardiente sed de aprender se vieron pronto estorbados por la interminable instrucción religiosa.

Su aversión por la religión formal quedaría con él toda su vida (en la edad madura no asistió nunca a la iglesia). No obstante, Kant mantuvo mucho del punto de vista pietista, con su creencia en un modo de vida sencillo y su adhesión a una moralidad estricta.

La madre de Kant murió en 1737 y fue enterrada como indigente. Kant tenía entonces catorce años. Él mismo señaló que experimentó sus primeras emociones sexuales por esa época. Algunos psicólogos han sugerido que la pérdida de su amada madre en ese estadio de la pubertad hizo que se sintiera culpable y reprimiera sus sentimientos sexuales. Bien pudo ser así, bien que simplemente se marchitaran. Cualquiera fuera la causa, el hecho es que desde entonces Kant había de vivir una vida de represión sexual que asumiría proporciones heroicas.

Kant fue admitido en la Universidad de Königsberg a la edad de dieciocho años, como estudiante de teología. Al comienzo recibió ayuda pecuniaria de la iglesia pietista local, pero contribuía a su manutención dando clases a algunos de sus compañeros más atrasados. Se aburrió pronto de la teología y empezó a mostrar un fuerte interés por las matemáticas y la física. Leyó a Newton, que le abrió los ojos a las implicaciones filosóficas de los nuevos descubrimientos de la ciencia y de los grandes avances que se hacían en todos los terrenos de este campo, desde la astronomía hasta la zoología. La ciencia basada en la experimentación podía ser entendida sólo dentro de una filosofía empirista, esto es, una filosofía que basara en la experiencia nuestro conocimiento del mundo.

En 1746, cuando Kant contaba veintidós años, murió su padre. Kant, su hermano y sus cinco hermanas quedaron sin un céntimo. Las hermanas más jóvenes fueron dejadas al cuidado de una familia pietista; las mayores fueron a trabajar de criadas. Kant trató, sin éxito, de trabajar en la escuela local y se vio obligado a dejar la universidad antes de graduarse.

Durante los nueve años siguientes, Kant se mantuvo como preceptor en familias ricas del contorno. Durante un tiempo estuvo al servicio del conde y la condesa de Keyserling (la familia aristocrática que produciría más tarde al seudofilósofo Hermann Keyserling, cuyas supercherías edificantes servirían de consuelo a las señoras de la alta sociedad después de la Primera Guerra Mundial). Siempre que Kant contaba con algún dinero extra mandaba una parte a sus menos afortunadas hermanas, pero, aparte de esos regalos, no mantuvo ningún contacto personal con su familia. Esto no era debido a ningún engreimiento por su parte, sino, se dice, a la “natural austeridad y objetividad de su carácter”, que habría de ser un rasgo de su vida posterior. Las cinco hermanas de Kant siguieron viviendo en Königsberg (una ciudad de apenas 50.000 habitantes) mientras Kant vivió, pero no se encontró con ninguna de ellas durante más de veinticinco años. Cuando una de las hermanas fue finalmente a verle, él ni siquiera la reconoció. Después de que le fue explicado quién era, pidió disculpas a los presentes por su falta de cultura. Puede ser que Kant no fuera ningún esnob, pero era conocida su incapacidad de tolerar a los necios, al

parecer incluso dentro de su propia familia.

Este incidente apunta a un aspecto curioso. La hermana de Kant ha debido de tener cierto parecido con su madre, tanto intelectual como físicamente, e incluso debía tener la misma edad que ella cuando crió a Kant. ¿Quiere esto decir que el célebre amor de Kant por su madre se había hecho tan profundo que ya no lo reconocía? Se ha sugerido que Kant resentía inconscientemente el nexo represivo —hechos, moral, extinción sexual— impuesto en él por su madre. Su incapacidad de reconocer a su hermana (e incluso de tener relación alguna con ella) han debido de tener algo que ver. Pero no tenemos manera de saberlo. (La pura falta de vida de Kant ha atraído mucha más atención perversa de los psicólogos que la vida *comparativamente* normal de otros filósofos. Pero, en mi opinión, la noción toda de normalidad en este campo es una cuestión discutible).

Si bien Kant pudo ser indiferente acerca de su familia, parece que disfrutaba de la vida entre las familias ricas donde estuvo empleado como preceptor. Su aspecto era tan extraño como su carácter. Medía menos de un metro cincuenta y su cabeza era desproporcionadamente grande respecto de su cuerpo. Su contextura sufría de un ligero giro, como de sacacorchos, que hacía que su hombro izquierdo cayera hacia abajo y el derecho se curvara hacia atrás, de modo que su cabeza tendía a inclinarse hacia un lado. Vestido con ropas raídas y sin un céntimo a su nombre, no ha debido de ser precisamente la sensación en la Universidad de Königsberg (que, a su vez, tampoco era el centro de una sociedad cosmopolita). Pero ahora, ataviado por sus señores con su elegante traje de preceptor, y animado a mezclarse con los invitados de la familia, Kant floreció. Pronto desarrolló un ingenio rápido, adquirió un barniz de sofisticada seguridad y se convirtió en un hábil participante en las mesas de cartas y de billar. Kant acompañaba a la familia en sus desplazamientos al campo en las vacaciones de verano, viajando con ellos a más de ochenta kilómetros de Königsberg. (Esto fue lo más lejos de su hogar provinciano que habría de llegar en toda su vida). Pero este periodo de *relativa* elegancia fue sólo una fase.

En 1755, a la edad de treinta y un años, pudo por fin Kant graduarse en la Universidad de Königsberg, gracias, en parte, a la caridad de un benefactor pietista. Ésta era una edad tardía para terminar los estudios; como veremos, Kant fue un hombre inusualmente lento en sus progresos. A esa edad, casi todos los otros filósofos importantes habían ya empezado a formular las ideas por las que habían de ser recordados. Kant comenzó a crear realmente filosofía original dos décadas más tarde.

Kant pudo ahora asumir el puesto de *privat-dozent* (profesor auxiliar) en la universidad. Se mantuvo en la cátedra durante los quince años siguientes, llevando una existencia académica de soltero y de incesante esfuerzo. Durante este periodo enseñó principalmente física y matemáticas y publicó tratados sobre una amplia gama de temas científicos, que incluían los volcanes, la naturaleza de los vientos, la antropología, las causas de los terremotos, el fuego, las edades de la tierra, y hasta los

planetas (de los que predijo que algún día serían habitados y que las especies de inteligencia más elevada se desarrollarían en los más lejanos del sol).

Pero la inclinación natural de Kant le dirigía hacia la especulación. Continuó leyendo filosofía extensamente. Sus ideas recibieron sobre todo la influencia de la filosofía racionalista de Newton y Leibniz. Si bien los logros más grandes de Newton fueron en física y matemáticas, en aquel tiempo estos campos eran considerados como parte de la filosofía, como "filosofía natural". El título completo de la obra más grande de Newton es *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* (Principios matemáticos de la filosofía natural). Kant estudió a Newton tan concienzudamente como para proponer una "Nueva teoría del movimiento y el reposo" que se oponía al punto de vista de éste. No viene al caso el que no entendiera bien a Newton. Se sentía inclinado a especular acerca de sistemas que comprendieran el universo, y estaba dispuesto a cuestionar al intelecto más grande de la época en su propio terreno.

Según Leibniz, el mundo físico de causa y efecto demuestra la armonía interna del propósito moral del mundo. La lectura de Leibniz codujo a Kant a creer que la humanidad no era sólo parte de la naturaleza, sino que, por encima de esto, formaba parte del propósito último del universo.

Al mismo tiempo, el interés de Kant por la filosofía de la ciencia le llevó a leer al filósofo escocés Hume. Kant quedó impresionado por la insistencia de Hume en que la experiencia es la base de todo conocimiento. Esto encajaba en el punto de vista científico, pero a Kant le perturbó la conclusión escéptica que sacó Hume de su rígido empirismo. Según Hume, todo lo que experimentamos es una secuencia de percepciones, y esto significa que nociones como causa y efecto, cuerpos y cosas, incluso la mano rectora de Dios creador, son meras suposiciones o creencias. Ninguna de ellas ha sido nunca experimentada realmente.

De manera sorprendente, Kant se vio también conmovido por el atractivo emocional de Rousseau. El primero de los románticos, Rousseau fue el menos académico de los filósofos y creía en la expresión personal mediante emociones más que en el pensamiento racional. Su defensa de la libertad había de ser una inspiración embriagadora para la Revolución Francesa. Puede ser que Kant tuviera un carácter esencialmente árido, pero hubo algo en Rousseau que tocó una fibra en sus emociones hondamente reprimidas. Debajo de la fachada del académico estirado latía el corazón de un romántico de gabinete, y esto habría de aparecer más tarde en su filosofía. Pero por el momento, todos estos elementos dispares —Newton, Leibniz, Hume, Rousseau— se quedaron sólo en eso. Mientras Kant no hubo encontrado una manera de conciliar y absorber estas influencias, no fue capaz de empezar a producir su propia filosofía original. Y la enormidad de esta tarea llevaría largo tiempo.

Quizás Kant se estaba impacientando, pues entonces sucede un extraño episodio. En lugar de publicar otra obra académica seria, Kant escribió un libro curiosamente satírico titulado *Sueños de un vidente de fantasmas explicados por los sueños de la metafísica*. El "vidente" del título es el visionario y místico sueco Swedenborg,

famoso por las descripciones de sus largos viajes por el cielo y el infierno. Swedenborg había publicado en 1756 su obra magistral en 8 volúmenes *Arcana caelestia* (Los secretos del cielo). Por desgracia, las ventas no fueron bien y al cabo de diez años sólo se habían vendido cuatro ejemplares. Se sabe que uno de ellos lo compró Kant. Estos tomos de galimatías metafísico produjeron un profundo efecto en Kant, lo bastante como para inducirle a escribir todo un libro satírico. Tal y como Kant declara con fantasía en su introducción: "El autor confiesa con cierta humildad que fue lo bastante candoroso como para tratar de averiguar la verdad de alguno de los cuentos mencionados. No encontró nada, como sucede siempre que no hay nada que buscar". Sin embargo, es evidente que la mofa que hace Kant del "peor visionario" y de los "diversos etéreos mundos pensados… labrados… a partir de conceptos fraudulentos" no es lo que parece. Por debajo de su burla y de las expresiones de su desprecio intelectual, en el interés de Kant por Swedenborg hay un elemento inconfundible de seriedad profunda. Anhelaba creer en la metafísica (si bien no en forma tan extrema), pero su formidable desarrollo intelectual empezaba a cerrar definitivamente esta avenida.

El estilo de la escritura de Kant es notoriamente prolijo y difícil, pero sus clases eran, según todos los relatos, lo opuesto. Su cuerpo era tan pequeño y torcido que sólo su cabeza empelucada, con sus rasgos austeros y precisos, era visible sobre el atril. Pero esta cabeza hablante era una fuente de ingenio, erudición fascinante e ideas. Las conferencias de Kant causaban sensación, y su fama se extendió pronto, estimulada por un raudal de tratados sobre temas científicos. Sus célebres cursos de verano sobre geografía atraían siempre gentes de fuera de la universidad, y así continuó durante más de treinta años, de modo que Kant se estableció como el primer catedrático de geografía física, a pesar de que nunca en su vida vio una montaña, y es posible que tampoco el mar abierto (que distaba unos treinta kilómetros). Las descripciones de Kant, vividas y perspicaces, daban vida a las maravillas de tierras distantes que había visto retratadas en los libros, leídos con entusiasmo durante las largas tardes invernales, cuando la niebla helada del Báltico deambulaba por las calles de la remota y provinciana Königsberg.

Kant se puso también a dar clases de filosofía, y aquí se vio pronto que había viajado muy lejos por los territorios hostiles de la ética y la epistemología, más allá de la Última Tule de la lógica, y hasta por regiones tan remotas de la civilización como la metafísica (y había sido capaz de regresar para contar la historia). Mientras tanto, seguían fluyendo de su pluma tratados sobre temas más dóciles, tales como los fuegos artificiales, la defensa militar y la teoría de los cielos. Y a pesar de esto, le fue denegada dos veces la cátedra en la Universidad de Königsberg. No están claras las razones, aunque se puede sospechar que contaba un elemento de altivez provinciana. O quizás fue que simplemente no les gustaba. En todo caso, a Kant le gustaba ciertamente Königsberg. Rechazó el prestigioso puesto de profesor de Poética que le ofrecieron en la Universidad de Berlín. (Así nos vemos privados del placer de leer las

críticas de Kant a los poetas, en un estilo de tan laboriosa complejidad que habría llegado a ser, con seguridad, lectura esencial dadaísta).

Por fortuna, las autoridades universitarias de Königsberg cedieron, y Kant fue nombrado Profesor de Lógica y Metafísica en 1770. Ya entonces, a la edad de cuarenta y seis años, se había hecho cada vez más crítico respecto de Leibniz y sus discípulos racionalistas, que eran la fuerza dominante en la filosofía alemana.

El empirismo de Hume parecía irrefutable e incluso, de mala gana, le convencía su escepticismo. Los objetos, causa y efecto, la continuidad, hasta la idea de persona, parecían ser nociones ilusorias. Quedaban fuera del alcance de la experiencia, que era la única fuente cierta del conocimiento. Kant lo aceptaba porque le parecía indiscutible intelectualmente. Pero no estaba contento con esta árida situación. No parecía haber lugar para proseguir con la filosofía. ¿Era realmente el final?

Entonces, un día que se encontraba estudiando la *Investigación sobre el entendimiento humano* de Hume, Kant "despertó de su sueños dogmático". En una ráfaga de inspiración vio cómo podía construir un sistema y responder al escepticismo demoledor de Hume, que amenazaba con destruir para siempre la metafísica.

Kant no publicó nada durante once años, pero siguió elaborando su filosofía. Ya había comenzado a vivir con una regularidad extrema; durante este tiempo, la inalterabilidad de sus hábitos se hizo legendaria. En palabras de Heine: "Levantarse, tomar café, escribir, las clases, comer, pasear, todo tenía su hora fija. Y cuando Immanuel Kant, en su casaca gris, en la mano el bastón, aparecía a la puerta de su casa e iniciaba su paseo hacia la pequeña avenida de tilos que aún se llama 'El paseo de los filósofos', los vecinos sabían que eran exactamente las tres y media. Se paseaba arriba y abajo en cualquier estación, y si el tiempo era malo, o nubes grises amenazaban lluvia, se podía ver a su viejo criado Lampe correteando detrás inquieto, con un gran paraguas bajo el brazo, como un símbolo de prudencia". Se dice que sólo una vez faltó a su rutina, el día en que comenzó a leer el *Émile* de Rousseau, pues la lectura le dejó tan absorto que no fue a su paseo para poder terminarla. Sólo la confesión de Rousseau de su emoción romántica le hizo olvidar su rutina. Pero tales sentimientos no bastaban para producir una seria ruptura en los hábitos de toda una vida. Kant consideró la posibilidad de casarse, dos veces, durante esos años; en las dos ocasiones tardó tanto tiempo en decidirse que para cuando tomó la resolución (a favor, en las dos oportunidades) una de las señoritas se había casado ya con otro y la otra se había mudado a otra ciudad. No era hombre de decisiones apresuradas. Pero su admiración por las ideas románticas de Rousseau no se limitaba a la teoría. Años más tarde, cuando muchas de las ideas de Rousseau llegaron a ser toleradas y disfrutadas tras el estallido de la Revolución Francesa, Kant lloró de gozo, un sentimiento extraño en la ferozmente conservadora y provinciana ciudad prusiana de Königsberg, y probablemente único entre las ásperas personalidades del claustro universitario.

En 1781, Kant publicó por fin su *Crítica de la razón pura,* considerada generalmente como su obra maestra. Pero no todo el mundo la recibió con entusiasmo. Cuando Kant le envió una copia del manuscrito a su amigo Herz, éste se lo devolvió leído sólo hasta la mitad. Herz dijo que habría arriesgado perder su salud mental de haber seguido leyendo la obra de Kant. Usted podría quizás sentirlo mismo. En su *Crítica de la razón pura,* Kant decidió prescindir de muchos argumentos interesantes y ejemplos concretos, por temor de hacer su obra demasiado extensa. Aun así, la versión traducida tiene unas ochocientas páginas y la mayor parte es como sigue: "La proposición apodíctica concibe el juicio asertórico como determinado según las mismas leyes del entendimiento y, por consiguiente, como afirmativo *a priori,* y de esta manera expresa…".

Hasta en la más bella traducción sólo *suena* mejor: "*La proposizione apodittticas concepisce il giudizio assertorio determinato secondo queste legge del Vintelletto stesso e, per consequenza, come affirmativo a priori; ed esprime cosi…*". Imagínese como será en alemán (es un milagro que Herz llegara hasta la mitad antes de temer por su salud mental).

Pero esto no debiera hacernos olvidar la grandiosidad del sistema de Kant. Su propósito era el de restaurar la metafísica. Estaba de acuerdo con Hume y los empiristas en que no hay ideas innatas, pero negaba que todo el conocimiento se derivara de la experiencia. Los empiristas afirmaban que todo conocimiento se adapta a la experiencia; Kant le dio la vuelta brillantemente al decir que la experiencia debe adaptarse al conocimiento. Según Kant, el espacio y el tiempo son subjetivos. Son nuestro método de percibir el mundo. En cierto modo son como anteojos inamovibles, sin los cuales no podemos dar sentido a la experiencia. Pero éstos no son los únicos elementos subjetivos de los que nos servimos para comprender la experiencia; Kant explica que hay doce "categorías" (así las llama) que funcionan independientemente de la experiencia y las cuales llegamos a concebir mediante el entendimiento. Cualidad, cantidad y relación son algunas de ellas. Son también como anteojos fijos. No podemos ver el mundo sino en términos de cualidad, cantidad, etc. Pero a través de estos anteojos fijos sólo podemos ver los fenómenos del mundo, nunca percibimos los noúmenos, la verdadera realidad que soporta o da origen a estos fenómenos.

Se ha dicho que sólo un hombre que nunca vio una montaña pudo creer que el espacio no esta ahí fuera de nosotros, sino que es simplemente parte de nuestro aparato perceptor. Y así también parece decir el sentido común. Pero los torpes argumentos *ad hominem* como éste no tienen nada que ver con la filosofía; o así se dice.

El espacio y el tiempo, y las categorías (que incluyen, entre otras, las nociones de pluralidad, causalidad y existencia) sólo pueden aplicarse a los fenómenos de la experiencia. Si los aplicamos a cosas que no son de la experiencia nos tropezamos con las "antinomias", esto es, razonamientos contrapuestos que pueden ser

demostrados ambos por una argumentación puramente intelectual. De este modo destruye Kant todas las argumentaciones puramente intelectuales en favor de la existencia (o no existencia) de Dios. Sencillamente, no podemos aplicar la categoría de existencia a una entidad no empírica.

Como se puede ver, Kant no está, en la *Crítica de la razón pura*, por un regreso general a la metafísica. Por "razón pura" Kant quiere decir *razón a priori*, esto es, algo que se puede conocer *previamente* a la experiencia. Hume había negado la existencia de semejantes entidades trascendentales (es decir, las que "trascienden" la experiencia). Pero Kant estaba convencido de que había restablecido este elemento trascental/metafísico en la filosofía, en la forma de "categorías de la razón pura". La visión de Hume puede parecer simplista, y es ciertamente impracticable, si se quiere vivir en un mundo real. (Su negación de la causalidad reduce en efecto toda la ciencia al estado de metafísica). La visión de Kant es, por otra parte, inmensamente sutil y sofisticada, pero apenas supera las dificultades que sugiere Hume, desde un punto de vista *filosófico*. Puede ser que no seamos capaces de experimentar el mundo sin concebir el espacio, la cantidad, etc., pero es difícil sostener que no son *parte* integral de la experiencia, o ver cómo podrían existir sin ella (i. e., *previamente)*.

Por otro lado, los razonamientos de Kant acerca de que no podremos nunca conocer el mundo real tienen un peso apreciable. Todas las cosas que percibimos son sólo fenómenos. La cosa en sí misma (el noúmeno), que soporta o da origen a los fenómenos queda por siempre incognoscible. Y no hay razón alguna por la cual debiera asemejarse, *en cualquier manera*, a nuestras percepciones. Los fenómenos son percibidos mediante *nuestras* categorías, que no tienen en absoluto nada que ver con la cosa en sí misma, que permanece más allá de la cualidad, relación y categorías semejantes.

Mientras, Kant continuó con su vida de rígida rutina, lo cual no excluía del todo la vida en sociedad, aunque esta actividad fue siempre un componente menor en la vida de Kant. Mantuvo relación con algunos de sus alumnos más brillantes y con unos pocos profesores. Pero nunca estuvo muy próximo de ninguno de ellos. (A ninguno se dirigió con el "du" informal, aún después de décadas de trato social). Su vida era el pensar. "Para un estudioso, el pensamiento es su alimento, sin el cual no puede vivir cuando está *despierto o solo*". Tenía más interés en conocerse a sí mismo que cualquier otra cosa. Pero la tarea de conocer a Kant demostró ser tan difícil para él como lo era para los demás. "No me entiendo lo bastante a mí mismo", se quejaba. Tal vez tenía miedo de lo que podía encontrar. En esto subraya Scharftstein un aspecto fundamental. "*Esta,* cosa en sí misma no es simplemente que fuera incognoscible, es que estaba prohibida; pues era la reprimida vida emocional de Kant, supongo yo, y temía que si era desvelada quedaría aniquilado". A diferencia con la torpeza de Kant, esta semejanza entre la psique de Kant y su filosofía *sí es* digna de mención. Aunque, de nuevo, es difícil decir qué significa. ¿Afectó la estructura mental de Kant a su filosofía? Afirmar que la filosofía de Kant era una imagen de su

psique es verdad sólo en el sentido más tosco. Todo intento de elaborar esta imagen no puede hacer justicia a las sutilezas de esas dos difíciles entidades.

Kant era muy consciente de que no tenía amigos. Pero esto no le preocupaba. Le gustaba citar la observación de Aristóteles: "Amigos míos, yo no tengo amigos". En realidad, recomendaba positivamente ese estado. "La amistad es una restricción de los sentimientos que los hace favorables a un único sujeto, y es muy placentero para aquel que los recibe, pero también una prueba de que faltan la generalidad y la buena voluntad".

Algunos psicólogos han afirmado que la incapacidad (o la falta de disposición) de Kant de establecer relaciones estrechas era señal de una profunda infelicidad. Pero no parece que Kant se sintiera desgraciado. Más bien lo contrario. Quienes lo conocieron observaron su ánimo alegre. "La disposición de Kant era alegre por naturaleza. Veía el mundo con una mirada risueña… y transfería su gozo a las cosas externas. Solía sentirse, por lo tanto, inclinado a ser feliz", fue la observación crítica de uno de sus colegas.

Siete años después de la publicación de la *Crítica de la razón pura,* Kant publicó la *Crítica de la razón práctica*. En ella restablece a Dios, a quien no considera ya innombrable (por cuanto que no encajaba en las categorías). La *Crítica de la razón práctica* está dedicada a la parte ética del sistema de Kant. En lugar de buscar las bases metafísicas de la percepción, las busca ahora de la moralidad. Kant trata de encontrar nada menos que la ley moral fundamental. ¿Era realmente imposible descubrir una ley que agradara a todos? Desde los cristianos a los budistas, desde los liberales a los prusianos, ¿podrían todos creer en el mismo bien fundamental? Kant creyó posible descubrir semejante ley básica, pero lo hizo dejando de lado lo que la mayoría consideraría que es la cuestión principal. No se ocupa del bien y el mal. No estaba tratando de descubrirla esencia de todas las interpretaciones de estos conceptos morales básicos. Kant subrayó que lo que buscaba eran *las bases* de la moralidad, y no su contenido. Con la razón práctica, igual que con la razón pura, lo que se necesitaba era un conjunto de principios *a priori,* como las categorías.

De hecho, Kant llegó a un principio único: el "imperativo categórico". Éste es la base *a priori* de toda acción moral, su premisa metafísica. De forma análoga a la categoría de la razón pura, proporciona un marco al pensamiento ético (la razón práctica), pero sin dar ningún contenido moral específico. El imperativo categórico de Kant declara: "Obra sólo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal".

Este principio condujo a Kant a creer que debemos actuar según nuestro deber, no según nuestros sentimientos. Resultan algunas conclusiones extrañas. Por ejemplo, Kant declara que el valor moral de una acción no debe juzgarse según sus consecuencias, sino sólo en cuanto respecta a si fue hecha obedeciendo a un deber. Esto es un simple disparate, si es que la moralidad tiene que ver con la sociedad y no con la beata satisfacción con uno mismo.

Kant entiende el imperativo categórico como un mero marco, vacío de todo contenido moral. Pero no es del todo así. Contiene trazas de contenido moral. La moralidad de la conformidad, para empezar. El imperativo categórico de Kant implica que todos debemos actuar precisamente de la misma manera, sin considerar el temperamento, o la tarea que se lleve a cabo. ¿Debería un jefe de gobierno actuar con los mismos escrúpulos morales que el abad de un monasterio? ¿Debería siquiera intentarlo? ¿Debía Churchill haber tratado de comportarse como Gandhi, o viceversa? Es posible que todos los sistemas lleven obligatoriamente a semejantes rigideces. (Pero sin ningún sistema ético estaríamos completamente perdidos, incapaces de hacer ningún juicio de valor).

El sistema ético de Kant le condujo a creer que nunca debemos mentir, sin hacer caso a las consecuencias que esto pudiera traer. Estaba muy consciente de las implicaciones que en ello había, pero lo mantuvo sin embargo. "Sería un crimen decir una mentira a un asesino que persigue a un amigo tuyo refugiado en tu casa".

¿Debemos creer que Kant habría entregado un amigo judío a los nazis? No: todo lo que sabemos acerca de él me convence de que habría seguido los dictados del deber en este caso. Su muy activa mente habría descubierto rápidamente un deber que le prohibiría entregar al amigo.

Pero esta cuestión de no mentir nunca expone un claro defecto en el sistema de Kant. No nos equivoquemos. Kant tomó este asunto de la mentira *extremadamente* en serio. Llegó incluso a atormentarse sobre si era permisible terminar una carta con la frase "Su obediente servidor". ¿Era esto una mentira? Kant insistía en que él no era siervo de nadie, y que no tenía la menor intención de obedecer a los destinatarios de su correspondencia. Parece ser que con el tiempo llegó a ceder en este terreno.

Pero en asuntos literarios más serios permaneció inflexible. Kant estaba en contra de la lectura de novelas; causan que nuestros pensamientos se vuelvan "fragmentarios" y debilitan la memoria. "Pues sería ridículo memorizar novelas para contárselas a otros" (No puede descartarse a la ligera el que Kant no memorizara los otros libros que leía). En este aspecto, Kant pasa por alto el hecho de que la lectura de Heloïse, la novela de Rousseau, fue una experiencia formativa para él, sin que explotara en fragmentos su pensamiento ni se ablandara su memoria.

Kant disfrutaba leyendo poesía, pero sólo si era una armonización intelectual de virtud y sentimiento. La poesía no rimada era simplemente prosa que se había vuelto loca. La música era algo distinto y, en su totalidad, un asunto más difícil. Era lo único que podía penetrar el caparazón de represión que protegía sus emociones no expresadas, y fue, por consiguiente, particularmente severo con ella. Los músicos son gentes sin carácter, pues cuando tocan reducen todo a sentimiento. Aconsejaba a sus alumnos que evitaran escuchar música, pues haría de ellos seres afeminados. Sin embargo, no cesaba de asistir a conciertos, hasta el día en que escuchó uno en memoria del filósofo Moses Mendelssohn. Le pareció un interminable gemido y no volvió nunca a asistir a un concierto. Detestaba la música popular (la misma que su

madre la había cantado a menudo).

En 1790, a la edad de cincuenta y ocho años, Kant publicó la tercera y última parte de su obra fundamental, la *Crítica del juicio,* que se ocupa ostensiblemente del juicio estético, pero que trata también de teología (y de muchas otras cosas). Kant declara que la existencia del arte presupone el artista, y que reconocemos al creador benévolo a través de la belleza del mundo. Tal y como había sugerido anteriormente, reconocemos la obra de Dios en las estrellas del cielo y en nuestra inclinación interior a hacer el bien.

Al igual que con su teoría de la percepción y su teoría ética, Kant buscó establecer una base metafísica para su teoría del juicio estético. Deseaba fijar un principio *a priori* que hiciera posible la aprehensión de la belleza. Aquí se movía Kant por terreno poco firme. Es siempre difícil alcanzar consenso sobre qué es la belleza. Algunos ven en los Alpes suizos simples ilustraciones de cajas de bombones y encuentran sustancia espiritual en el expresionismo. Otros no. Y estas opiniones parecen irreconciliables. Pero Kant estaba decidido a incluir *todo* dentro de los límites de su sistema.

Kant argumenta: "Quien describe algo como bello insiste en que todos *deberían de* dar su aprobación al objeto en cuestión". Es evidente la semejanza con el imperativo categórico, sólo que aquí no funciona, salvo en el sentido peyorativo personal. De nuevo nos enfrentamos con el síndrome de la conformidad. El hecho de que yo encuentre bello el retrato de Francis Bacon de un papa gritando no quiere decir que espere que a todos les guste.

Kant continúa diciendo que la ciencia sólo es posible mediante la unidad y consistencia de la naturaleza. Esta unidad no puede probarse, pero debe suponerse. Tiene relación con esto la noción de que la naturaleza tiene un fin y Kant afirma que la finalidad de la naturaleza es "un concepto *a priori* especial". Como ahora sabemos, este concepto no es necesario para la suposición de la unidad y la consistencia de la naturaleza, y esta última ha sido incluso cuestionada por la teoría cuántica.

Kant subraya que, aunque no podemos probar que el mundo tenga un propósito, debemos mirarlo *como si* lo tuviera. Kant no negó los aspectos malos, desagradables y aparentemente sin propósito del mundo, pero pensaba que contaban mucho menos que sus más edificantes opuestos. El siglo siguiente, Schopenhauer adoptaría el punto de vista contrario, quizá con más justificación. En última instancia, sin embargo, tanto el punto de vista optimista como el pesimista no pueden en ningún modo ser probados, y son, a fin de cuentas, cuestión de temperamento.

Mientras tanto, Kant continuaba con su rutina infatigable (que proseguía con una dedicación similar a las andanzas mujeriegas sin fin de Casanova y a la mezcla sin fin de alcohol y caza mayor de Hemingway, si bien con mucho menos alboroto). Y los ciudadanos de Königsberg siguieron poniendo sus relojes en hora cuando Kant comenzaba sus paseos de la tarde, a las tres y media, *precisamente*.

Es posible que la idea de Kant de que el tiempo es cosa de la mente y no tiene

nada que ver con la realidad tenga alguna relación con el hecho de que vivía en la Prusia oriental. Este territorio estaba rodeado por el sur y el oeste por Polonia, que vivía una hora por delante de Prusia oriental. Y por la frontera oriental estaba Rusia, que estaba más de una semana por detrás del resto de Europa. Las únicas gentes que guardaban la misma hora que Prusia oriental estaban separadas por dos fronteras, hacia el oeste cruzando Polonia, en Alemania.

Kant vivía en Prinzesinnenstrasse, en una casa que fue demolida en 1893. Cuidaba de él su viejo y gruñón criado Lampe, con quien él solía ser igualmente gruñón. Todo tenía que hacerse con precisión (igual que para Casanova y Hemingway). Lampe tenía incluso que ayudar a su amo a desprenderse de sus ropas cada noche en el orden correcto. Para ir a la cama, Kant se colocaba invariablemente un gorro en verano y dos en invierno, que éste podía ser muy frío en verdad en Königsberg, cuando el Báltico vecino se helaba.

A la manera de todos los tiranos domésticos quisquillosos, Kant se preocupó siempre mucho del bienestar espiritual de Lampe. En realidad, Kant declaró que había restablecido a Dios en la *Crítica de la razón pura* expresamente para dar a Lampe algo en qué creer. Quizás Lampe no apreció esto, pues no tenemos pruebas de su gratitud. Algo más fácil de imaginar es la actitud de Lampe hacia el método filosófico, único de su amo, de sostener sus medias mediante cintas que pasaban por los bolsillos de su pantalón, sujetas a dos resortes alojados en cajitas. (Suena totalmente absurda esta última información, pero ha sido confirmada por varias fuentes independientes, una de las cuales sugiere que algo tenía que ver el hecho de que el padre de Kant estuviera en el negocio de las cintas de cuero. Sigue siendo objeto de ocupación de los psicólogos averiguar si esto tiene o no importancia).

Como muchas personas de mente independiente e imaginativa, Kant era un hipocondríaco empedernido. En realidad, era tan experto en ello que fue el único en notar que algo en él iba mal. Nunca se supo, en toda su vida, que este pequeño y frágil hombre de contextura torcida estuviera alguna vez enfermo. Su hipocondría le enredaba en un régimen incesante y sistemático: una crítica de la salud pura y práctica. Uno de sus hábitos era el de respirar sólo por la nariz, especialmente cuando iba de paseo en tiempo frío, lo cual quiere decir que, en otoño, invierno y primavera, no podía contestar a nadie que se dirigiera a él en la calle, puesto que se negaba a abrir la boca, no fuera a coger frío.

Kant fue afortunado cuando publicó sus tres grandes *Críticas*. Durante ese periodo, la situación política en Prusia fue de inusual tolerancia, cualidad ésta que no suele ir asociada con aquel país. Es dudoso que Kant hubiera podido publicar tales obras en la mayoría de los otros países europeos. Kant reconoció esto y dedicó la *Crítica de la razón pura* a Zedtlitz, ministro de educación de Federico el Grande. Como corresponde a un austero profesor provinciano, Kant era aparentemente respetuoso con el Rey, pero en su fuero interno era sorprendentemente revolucionario. No sentía sino desprecio por los filósofos franceses que circulaban

por la corte de Federico. Su *bête noire* particular era De la Mettrie, encantador autor de imperecederos clásicos filosóficos tales como el *Traité de l'Asthme et de la Dysenterie y Reflexions Philosophiques sur l'Origine des Animaux*, que escribió a veces con el seudónimo "chino" de Docteur Fum-Ho-Ham, y de quien se dice que murió "*pour une plaisanterie*", después de comerse todo un paté de faisán para probar algo en una disputa sobre indigestiones con los doctores alemanes de la corte. No era precisamente un tipo del agrado de Kant.

Pero cuando murió Federico el Grande en 1796 y ascendió al trono Federico Guillermo II, Kant se vio en dificultades. Wollner, un ardiente pietista, se encargó del ministerio de educación y Kant fue acusado de abusar de la filosofía para distorsionar la Biblia. Evidentemente, alguien del ministerio de educación había logrado batallar a través de las 800 páginas de la *Crítica de la razón pura* y había descubierto que en ella se negaban todas las pruebas de la existencia de Dios. Se exigió a Kant comprometerse a no dar clases ni escribir otros libros sobre asuntos religiosos. Kant escribió una carta al Rey dando su palabra de que obedecería la orden; pero cuando el Rey murió en 1797, Kant pensó que quedaba liberado de su promesa y volvió al asunto con vigor renovado. (Por lo que se ve, las opiniones de Kant acerca de las mentirijillas eran susceptibles de adaptación, si la ocasión lo exigía).

Por entonces, Kant se estaba acercando a los setenta, y años de práctica habían perfeccionado su hipocondría hasta el punto de convertirle en un maestro en el arte. Todos los meses requería del jefe de policía de Königsberg las últimas estadísticas de mortalidad y con ellas calculaba su propia esperanza de vida. Estaba convencido de que el estreñimiento nublaba su cerebro y añadió a su almacén de medicinas, del tamaño de un laboratorio, una impresionante serie de laxantes. Leía ávidamente en los periódicos las informaciones de los últimos adelantos médicos a fin de determinar si tenía alguna enfermedad nueva. Kant fue sin duda una persona rara. No sucede con frecuencia que un hombre demuestre genialidad tanto en su trabajo como en sus manías. Algunos colegas de la facultad alarmados, que intentaron disuadirle de sus manías, fueron rápidamente puestos en su sitio. Kant sabía más de enfermedades que un simple profesor de medicina de la Universidad de Königsberg. En esta materia, como en todas las demás, Kant no toleraba que se le contradijera. (A diferencia con otros igualmente sufridos egoístas, tenía invariablemente razón, y lo sabía). Como hasta un admirador hubo de admitir: "No puede soportar oír que otros hablen mucho, se impacienta… si alguien pretende saber más que él. La contradicción directa es un insulto y, si se persiste en ella, se irrita". No era del todo megalomanía, sino que Kant creía que la verdad era sacrosanta. No era culpa suya el que siempre supiera bien de qué estaba hablando y los demás estuvieran a menudo equivocados. "No imponía su opinión a nadie, pero la obstinación de los demás le producía verdadero pesar".

Si bien los profesores de la universidad toleraban este trato, fue excesivo para su criado Lampe, que había tenido que soportarlo *todo el tiempo*. Tras décadas de fiel servicio, Lampe se dio a la bebida y tuvo que ser despedido.

Mientras tanto, Kant continuó resistiendo estoicamente las atenciones de su familia. Justificaba su falta de contacto con sus hermanas explicando que no estaban a su nivel intelectual. (Es probable que nadie en Europa satisficiera este criterio desde la muerte de Newton). Si se le insistía, concedía que eran bastante agradables, pero que no tenía nada en común con ellas, debido a su falta de cultura. Sin embargo, esta excusa no era ciertamente válida en cuanto a su hermano, que había llegado a ser un profesional y a quien seguía sin hacer caso. Deseaba hondamente tener contacto social con su filosóficamente famoso hermano y le escribía cartas pidiendo encontrarse con él. En vano. En una ocasión le suplicó: "No puedo soportar por más tiempo que continúe esta separación, somos hermanos". A menudo, Kant se tomaba dos años para contestar, con la excusa de que había estado muy ocupado y no había podido responder antes. (Aunque, naturalmente, había encontrado tiempo para escribir cientos de páginas de deslumbrante filosofía). A los sesenta y ocho años, después de dos años y medio sin contestar la última carta de su hermano, en la que éste le rogaba que se encontraran, Kant le escribió asegurándole que le tendría en su pensamiento durante el corto tiempo de vida que le quedaba, pero evitando hacer mención del posible encuentro.

A medida que se iba haciendo más viejo, Kant se iba volviendo más solitario y misántropo. "La vida es una carga para mí", confesó finalmente, "estoy cansado de soportarla, y si el ángel de la muerte viniera esta noche a llevarme, levantaría mi mano y diría, '¡Dios sea alabado!'". Sin embargo, seguían sus manías, con la supuesta intención de prolongar su vida. Rechazaba toda idea de ponerle fin a todo. No tenía miedo al suicidio, pero era *un error moral. Sufría cada vez* más de pesadillas nocturnas. Todas las noches se sentía, en sueños, rodeado de salteadores y acechado por asesinos. Los síntomas de paranoia eran evidentes. Declaró: "Todos casi odian a los demás y tratan de ponerse por encima del prójimo; están llenos de envidia, celos y otros vicios diabólicos. El hombre no es un dios, es un demonio". Llegó a la conclusión de que "si los hombres tuvieran que decir y escribir todo lo que piensan, no habría nada más horrible que los hombres en esta tierra de Dios". Estas dos últimas citas revelan curiosamente cómo debió verse a sí mismo, al final de una vida desabrida, pero en gran parte sin falta. (No fue culpa suya lo de Lampe, que pudo siempre buscar otro empleo. Y aunque no veía a sus hermanas, regularmente les enviaba dinero).

El carácter por naturaleza alegre de Kant quedaba inundado ahora por la marea ascendente de su vida emocional reprimida. Ciertamente se sentía infeliz, pero estaba decidido a permanecer fiel a sí mismo hasta el fin. Insistía en que no le importaba ser desgraciado, una actitud consistente con su filosofía. En la *Crítica, de la razón práctica* había declarado que le parecía "asombroso que hombres inteligentes hayan pensado en señalar la felicidad como ley práctica universal". En su opinión, la felicidad y la moralidad no tenía nada esencial que ver la una con la otra. Aunque nos sintamos gratificados al practicar un acto virtuoso, él no era capaz de comprender

cómo “un mero pensamiento que no contiene nada de sensual pueda producir una sensación de placer o displacer”. Esto sólo puede ser expresión de una mente totalmente alejada de las emociones. (Hasta el más seco de los matemáticos acepta que llegar a una solución difícil causa placer).

Kant sí admito una experiencia que le producía regularmente placer. Su vicio secreto era característicamente solitario. Le encantaba observar los pájaros, y era capaz de esperar pacientemente su regreso cada primavera. Según un colega: “el único placer que todavía le permitía la naturaleza era la vuelta de un mosquitero que cantaba en su jardín fuera de su ventana”. Incluso en su ancianidad sin alegrías, ésta permaneció. Si su amigo tardaba en venir, decía “Todavía debe de hacer mucho frío en los Apeninos”. Scharftstein, en cuyo bosquejo brillantemente perspicaz de la vida de Kant me he inspirado en gran medida, sugiere que los pájaros representaban para Kant la libertad. Pero ¿libertad respecto de qué? De la tiranía de su propia naturaleza, ciertamente. Pero también, quizás, del pensamiento, el verdadero elemento que permitió que esclavizara su vida, el elemento con el que buscó aprisionar el mundo todo dentro de su sistema.

Durante la última década de su vida se dedicó a un trabajo filosófico gigantesco que nunca terminaría. Pensaba dar a esta obra el pegadizo título de *Übergang von den metaphysischen Anfangsgründe der Naturwissenschaft zur Physik* (Traslado de los fundamentos metafísicos de la ciencia natural a la física). A diferencia con las obras anteriores de Kant, ésta es definitivamente ilegible. Algunos expertos valientes, arriesgando su salud mental, han tratado de escalar este Everest del Himalaya Metafísico Alemán, pero han vuelto boqueando en busca de aire e incapaces de comunicarse coherentemente. Por lo que podemos colegir de los supervivientes, Kant avanza su estructura general *a priori* hacia una ciencia de la naturaleza, mostrando con detalles exhaustivos cómo esto se puede ampliar para aplicarlo a las ciencias particulares. El énfasis debe ponerse en “detalles exhaustivos”.

Kant era ya una figura triste con sus grandes facultades debilitándose. Se ha dicho que la hipocondría es un mecanismo de defensa contra la paranoia. Sin embargo, a pesar de la práctica diligente y exhaustiva de esta manía, la paranoia de Kant se iba imponiendo gradualmente. Empezó a sentir presión en el cerebro, que pensó era debida a una rara forma de electricidad en el aire. (Según Kant, esta misma electricidad era responsable de la epidemia de gatos que se había desatado recientemente en Copenhague y Viena). Estos enredos con “poderes eléctricos” se suelen asociar con la esquizofrenia.

Pero Kant no estuvo nunca loco. Era sólo que los nudos apretados que le habían mantenido tan sólidamente atado durante toda su vida comenzaban a soltarse. Se apagaba rápidamente. Los pocos y elegidos colegas y los estudiantes selectos que invitaba a cenar observaban en un silencio entristecido cómo su mente desvariaba. Entonces, su nuevo criado se lo llevaba. El 8 de octubre de 1803 Kant se sintió enfermo por primera vez en su vida. Sufrió una apoplejía suave después de comer

demasiado de su “queso inglés” favorito. Murió, tras cuatro meses de debilitamiento progresivo, el 12 de febrero de 1804. Sus últimas palabras fueron “*Es ist gut*”. (Está bien). Fue enterrado en la catedral, en su lápida inscrita la declaración que le dirigía al Dios en el que seguramente creyó, pero al que nunca adoró públicamente, palabras que recordaban al intenso muchacho escuchando a una madre bondadosa a la que seguramente adoró: “Cuanto más a menudo y más constantemente reflexionamos, los cielos estrellados arriba y la ley moral dentro de nosotros embargan el alma de una admiración y un respeto siempre renovados y siempre en aumento”.

Epílogo

Pregunta: ¿De qué trata la *Crítica de la razón pura* de Kant?

Respuesta: De metafísica.

P: ¿Qué es exactamente la metafísica?

R: La palabra comenzó por una equivocación, y ha terminado por ser considerada un error. Entretanto fue el tema principal de la filosofía.

P: Esto no responde a la pregunta. Así que, ¿qué significa precisamente metafísica?

R: Nada en absoluto, según la mayoría de los filósofos modernos.

P: Bueno, entonces, ¿qué significó originariamente?

R: La palabra fue usada por primera vez para referirse a ciertas obras filosóficas de Aristóteles. Éstas eran las que quedaron colocadas, en sus obras completas, después de su gran libro sobre física. Se las conoció como “lo que está después de la física”; en griego, “meta-física”.

P: Pero esto sigue sin decirme qué significa.

R: En estas obras “después de la física”, Aristóteles trata de “la ciencia de las cosas que trascienden a lo que es físico o material”.

P: ¿Y qué quiere decir eso?

R: Es la ciencia que se ocupa de los primeros principios teóricos que están por encima del mundo físico. Son los principios que rigen nuestro conocimiento de ese mundo físico. En otras palabras, la metafísica se ocupa de todo lo que trasciende al mundo físico de la experiencia.

P: Pero ¿cómo podemos saber que existe algo más allá del mundo físico de la experiencia?

R: No lo sabemos. Y ésta es la razón por la cual la mayoría de los filósofos modernos consideran que la metafísica es un error y la rechazan.

P: ¿Y Kant no?

R: Kant estaba decidido a crear una metafísica nueva. Antes de él, Hume había llegado prácticamente a la misma conclusión que los filósofos modernos. Hume pensó haber destruido la posibilidad de toda metafísica.

P: ¿Cómo?

R: Dudando de todo lo que no pudiera confirmar por propia experiencia. Este escepticismo extremo rechazaba muchas de las cosas en las que la humanidad había creído desde siempre, sin haber tenido experiencia real de ellas.

P: ¿Tales como?

R: Dios, por ejemplo.

P: Pero no parece que lo que dijo Hume tuviera mucha influencia. La gente siguió

creyendo en Dios.

R: Sí, pero cada vez más se fue entendiendo que lo hacían como un acto de fe, y no como resultado de una experiencia directa o de un argumento racional.

P: ¿Es así que la “refutación” de la metafísica que hizo Hume no tuvo la menor importancia?

R: En realidad tuvo una importancia enorme, especialmente entre científicos y filósofos.

P: ¿Cómo?

R: Al excluir todo lo que no pudiera ser verificado por la experiencia, Hume negaba la existencia de muchas cosas, además de Dios y, lo que era más importante para científicos y filósofos, suprimía la causalidad.

P: ¿Cómo?

R: Según Hume, todo lo que sabemos por la experiencia es que una cosa sigue a otra. Nunca podemos saber que una cosa *causa* otra. No podemos ir *más alla* de la experiencia para decir eso. Nunca tenemos experiencia real de una cosa siendo causa de otra, sólo que una sigue a otra.

P: ¿Entonces?

R: Esto toca al corazón del conocimiento científico. Según Hume, la ciencia que se basa en la causalidad es metafísica, no empírica. No puede ser nunca verificada. Y la verificación es la base del conocimiento. Lo mismo sucede con la filosofía. Según Hume, no podemos probarlas proposiciones de la filosofía, a menos que sean el resultado de una experiencia directa.

P: ¿Como cuáles?

R: Como la proposición: “Esta manzana es verde”.

P: Pero eso significa que la filosofía no puede decir prácticamente nada.

R: Precisamente. Y ésta era la gran dificultad que Kant trató de superar con su filosofía.

P: ¿Cómo?

R: Trató de mostrar que era posible construir una metafísica, a pesar del escepticismo devastador de Hume. Sería el fundamento de una forma de conocimiento universal y lógicamente necesario que estaría a salvo del escepticismo de Hume. Así lo expuso Kant en su *Crítica de la razón pura.*

P: ¿La metafísica de Kant fue un intento por alcanzar un cierto tipo de ciencia última que garantizara la verdad del conocimiento?

R: Exactamente.

P: ¿Y cómo emprendió esto?

R: Kant propuso lo que llamó “una filosofía crítica”, que acometía un análisis profundo de la epistemología, el fundamento en el que descansa el conocimiento. Según Kant, hacemos ciertos juicios que son indispensables en todo conocimiento. Clasificó estos juicios como “sintéticos *a priori*”. Por sintéticos entendía que no eran analíticos, y que el conocimiento que contenían no estaba implicado en el concepto

original. Por ejemplo, “la pelota es redonda” es un enunciado analítico, puesto que el concepto de redondez está contenido en el concepto de “pelota”. Sin embargo, “la pelota es brillante” es un juicio sintético. Dice de la pelota algo más que lo que está contenido en el concepto original, igual que un enunciado empírico. Kant llama *a priori* a los juicios que son necesarios y universales. Tienen que ser verdaderos antes de toda experiencia y sólo la razón interviene al hacerlos. A diferencia con los juicios resultantes de la experiencia, no son particulares y contingentes (que se aplican sólo en un caso y no tienen necesidad lógica), como por ejemplo los enunciados “este caballo ganó el Derby” o “ese caballo es marrón”.

Al igual que todo enunciado científico, estos juicios sintéticos *a priori* debían ser innegables y universalmente verdaderos. En otras palabras, debían tener la misma fuerza y rigor que un juicio analítico, a pesar de ser sintéticos. Y tenían que aplicarse a la experiencia, siendo a la vez previos a ella.

La pregunta fundamental de Kant es: “¿Cómo son posibles los juicios sintéticos *a priori?”.* Aplicó la pregunta a las matemáticas, la física y la metafísica. Según Kant, las matemáticas tratan del espacio y el tiempo. Kant alegó que, en contra de las apariencias, el espacio y el tiempo son en realidad *a priori,* es decir, no son parte de la experiencia sino una condición previa a esa experiencia. No podríamos tener ninguna experiencia sin estas “formas de la sensibilidad”.

Kant prosigue diciendo que los enunciados de la física son juicios *a priori.* Son juicios empíricos (y, por lo tanto, sintéticos), pero usan conceptos que son previos a la experiencia (y son por ello *a priori).* Estos conceptos, o “categorías del entendimiento”, como Kant los llamó, son algo así como el espacio y el tiempo en las matemáticas. Las “categorías” son el armazón esencial del conocimiento. Son cosas tales como cualidad, cantidad, relación (incluida la causalidad) y modalidad (como existencia o no existencia). No son parte de la experiencia, pero sin ellas no habría experiencia alguna.

Sin embargo, en metafísica es verdad lo contrario que en matemáticas y física. La metafísica no tiene nada que ver con la experiencia (puesto que está “más allá de la física”). Esto significa que no podemos aplicar las “categorías”, como cantidad y cualidad, a la metafísica, debido a que son el armazón del conocimiento de la experiencia. Así pues, la metafísica se excluye a sí misma del reino de los juicios sintéticos *a priori* y no tiene fundamento científico, de modo que si tomamos un concepto metafísico, como el de Dios, no podremos hacer ningún enunciado científico (o verificable) acerca de él, debido a que las categorías que podríamos aplicar son sólo pertinentes a la experiencia. Hablar de la existencia (o no existencia) de Dios equivale a aplicar mal las categorías.

Kant rechazó la metafísica de este modo, a la vez que edificaba su propio sistema metafísico alternativo. Las “formas del entendimiento” (espacio y tiempo), y las “categorías del entendimiento” (existencia, necesidad, etc.) son innegablemente metafísicas para Kant. Puede que *nosotros* creamos, en la física de nuestra

experiencia, que el espacio y la existencia están “ahí afuera”, pero Kant no lo creía así. Sus argumentos en contra de la metafísica se aplican también a ellos. No podemos hacer juicios sintéticos *a priori* sobre ellos. No son científicos, no son analíticos y no son lógicamente necesarios: son metafísicos. Y si, por otra parte, están “ahí afuera”, no pueden ciertamente ser conceptos *a priori* del entendimiento.

La *Crítica de la razón práctica* de Kant intenta aplicar un sistema muy similar a la ética. En vez de preguntar si hay juicios sintéticos *a priori,* se pregunta ahora si hay regias que rigen *a priori* nuestra voluntad y se puede afirmar, por tanto, de ellas que son universales. Propone en respuesta el “imperativo categórico”, que no es parte de una experiencia moral efectiva, sino el marco *a priori* necesario para ella. Expresa como sigue el imperativo categórico: “Obra sólo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal”. Igual que las categorías, este imperativo es puramente formal. Las categorías no tienen contenido empírico y el imperativo categórico no tiene contenido moral. Por muy bien que parezca el imperativo categórico, es lo bastante amplio para abarcar las moralidades contradictorias del sadomasoquista y del *hippie* de paz y amor. Es también estrictamente racional, e implica que deberíamos ver a todos los seres humanos como temperamentalmente idénticos a nosotros mismos. Nuestra psicología no es estrictamente racional, y no vemos a los demás como temperamentalmente idénticos a nosotros. Ni queremos que lo sean, a menos que uno sea un dictador. ¿Cómo podemos aplicar semejante imperativo, cuando no pensamos, ni nos comportamos, así? Podemos adherirnos a ciertos principios universales, pero éstos no abarcan todas nuestras acciones morales. Hay otros principios menos fundamentales que no desearíamos aplicar a las acciones morales de todo el mundo. Me abstengo de practicar el canibalismo y, al mismo tiempo, deseo que se aplique universalmente el principio de “comer gente es malo”. Pero si me abstengo de matar, no quiere esto decir que desee que un policía se abstenga de matar a un secuestrador criminal.

Es posible argumentar que estas críticas no son válidas, por cuanto el imperativo categórico es simplemente el *armazón* de la moralidad. Con nuestras acciones morales simplemente implicamos principios universales. Pero semejante retirada hacia el formalismo deja totalmente vacío el imperativo categórico. Dice sencillamente que debemos comportarnos de la manera como deseamos que los demás se comporten.

Algunos argumentos clave

La versión española de las citas de la *Crítica de la razón pura,* debida a José del Perojo y Figueras, está tomada de la edición publicada por la Editorial Losada, Buenos Aires, 1957. *[N. del T.]*

La cita siguiente está sacada del comienzo de la Crítica de la razón pura, *donde Kant se dispone a sentar las bases de su filosofía. Como se puede ver en la segunda frase, Kant empieza a la vez que prosigue. Si se persevera y se supera esta emboscada, fácil de advertir, pronto aparecerá el carácter de una mente que trasciende ágilmente al tremedal de su escritura.*

No se puede dudar que todos nuestros conocimientos comienzan con la experiencia, porque, en efecto, ¿cómo habría de ejercitarse la facultad de conocer, si no fuera por los objetos que, excitando nuestros sentidos de una parte, producen por sí mismos representaciones, y de otra, impulsan nuestra inteligencia a compararlas entre sí, enlazarlas o separarlas, y de esta suerte componer la materia informe de las impresiones sensibles para formar ese conocimiento de las cosas que se llama experiencia? En el tiempo, pues, ninguno de nuestros conocimientos precede a la experiencia, y todos comienzan en ella.

Pero si es verdad que todos nuestros conocimientos comienzan con la experiencia, todos, sin embargo, no proceden de ella, pues bien podría suceder que todo nuestro conocimiento empírico fuera una composición de lo que recibimos por las impresiones y de lo que aplicamos por nuestra propia facultad de conocer (simplemente excitada por la impresión sensible), y que no podamos distinguir este hecho hasta que una larga práctica nos habilite para separar esos dos elementos.

Crítica de la razón pura, Introducción, Parte I

Prosigue con su razonamiento:

Es, por tanto, a lo menos, una de las primeras y más necesarias cuestiones, y que no puede resolverse a la simple vista, la de saber si hay algún conocimiento independiente de la experiencia y también de toda impresión sensible. Llámase a este conocimiento *a priori,* y distínguese del empírico en que las fuentes del último son *a posteriori,* es decir, que las tiene en la experiencia.

Sin embargo, la expresión *a priori* no determina todo el sentido de la precedente cuestión; pues suele decirse que podemos tener *a priori,* o en parte al menos, muchos de nuestros conocimientos derivados de la experiencia, porque no los hemos tomado

inmediatamente de ella, sino que proceden de reglas generales; sin advertir que esas reglas se derivan también de la misma experiencia. Así se dice de aquel que mina los cimientos de su casa que debía saber *a priori* que ésta se derrumbaría, en otros términos, que no debía esperar a que la experiencia se lo demostrase; pero eso no puede saberse sino a *posteriori,* pues ¿quién, sino la experiencia, nos enseña que los cuerpos son pesados y que, aislados de todo apoyo, caen?

Ibid., Introducción, Parte I

Kant continúa explicando:

Entenderemos, pues, en lo sucesivo por conocimientos *a priori,* no aquellos que de un modo u otro dependen de la experiencia, sino los que son absolutamente independientes de ella; a estos conocimientos son opuestos los llamados *empíricos,* o que sólo son posibles a *posteriori,* es decir, por la experiencia. Entre los conocimientos *a priori,* llámase *puro* aquel que carece absolutamente de empirismo. Así, por ejemplo, "todo cambio tiene una causa", es un principio *a priori;* pero no puro, porque el concepto de cambio sólo puede formarse con la experiencia.

Ibid., Introducción, Parte I

La argumentación prosigue y la trama se complica. No se debiera dejar pasar esta oportunidad, extremadamente rara, de acompañar en su original camino a uno de los intelectos más brillantes de la historia. Quien aspire a alcanzar fácilmente tales alturas desbaratará todo el propósito del ejercicio:

Ésta es la ocasión de dar una señal por la que podamos distinguir el conocimiento puro del empírico. La experiencia nos muestra que una cosa es de tal o cual manera; pero no nos dice que no pueda ser de otro modo. Digamos, pues, primero: si se halla una proposición que tiene que ser pensada con carácter de necesidad, esa proposición es un juicio *a priori*. Si además no es derivada y sólo se concibe como valiendo por sí misma, como necesaria, es entonces absolutamente *a priori*. Segunda, la experiencia no da nunca juicios con una universalidad verdadera y estricta, sino con una generalidad supuesta y comparativa (por la inducción), lo que propiamente quiere decir que no se ha observado hasta ahora una excepción a determinadas leyes. Un juicio, pues, pensado con estricta universalidad, es decir, que no admite excepción alguna, no se deriva de la experiencia y tiene valor absoluto *a priori*. Por tanto, la universalidad empírica no es más que una extensión arbitraria de valor, pues se pasa de un valor que corresponde a la mayor parte de los casos, al que corresponde a todos ellos, como por ejemplo, en esta proposición: "Todos los cuerpos son pesados". Al contrario, cuando una estricta universalidad es esencial en un juicio, esta universalidad indica una fuente especial de conocimiento, es decir, una facultad de conocer *a priori*. La necesidad y la precisa universalidad son los caracteres evidentes

de un conocimiento *a priori*, y están indisolublemente unidos. Pero como en la práctica es más fácil mostrar la limitación empírica de un conocimiento que la contingencia en los juicios, y como también es más evidente la universalidad ilimitada que la necesidad absoluta, conviene servirse separadamente de estos dos criterios, que cada uno es por sí solo infalible.

Ibid., Introducción, Parte II

Kant elabora:

Es bien fácil mostrar que realmente hay en el conocimiento humano juicios de un valor necesario y en la más estricta significación universales; por consiguiente, juicios puros *a priori*. Si se quiere un ejemplo tomado de las ciencias mismas, no hay más que reparar en las proposiciones matemáticas. Si se quiere otro, tomado del uso común del entendimiento, puede mostrarse la proposición "todo cambio exige una causa". En este último ejemplo, el concepto de causa contiene de tal modo el concepto de necesidad de enlace con un efecto y la estricta generalidad de la regla, que desaparecería por completo si, como hizo Hume, quisiéramos derivarlo de la frecuente asociación de lo que sigue con lo que precede y del hábito (por consiguiente, de necesidad puramente subjetiva) de enlazarlas representaciones. También se podría, sin emplear esos ejemplos, probar la realidad de principios puros *a priori* en nuestros conocimientos, por su misma necesidad para la posibilidad de la experiencia, siendo por lo tanto una demostración *a priori*. Porque, ¿dónde tomaría la experiencia su certidumbre si todas las reglas que empleara fueran empíricas y contingentes? Así, las que tienen ese carácter son difícilmente aceptadas como primeros principios. Bástanos haber manifestado aquí el uso puro de nuestra facultad de conocer de una manera efectiva y los caracteres que le son propios. Pero no es sólo en los juicios, sino también en los conceptos donde se encuentra un origen *a priori*. Quitad del concepto experimental de un cuerpo todo lo que tiene de empírico, a saber: color, dureza o blandura, pesadez, penetrabilidad, y siempre queda el espacio que ocupa ese cuerpo (el cual ha desaparecido) y que no podéis destruir. Cuando separáis de alguno de los conceptos empíricos de un objeto, corpóreo o no, todas las propiedades que la experiencia enseña, no podéis, sin embargo, privarle de aquélla, mediante la cual le pensáis como sustancia o como dependiente de ella (aunque este concepto de sustancia contiene más determinación que el de un objeto en general). Debéis, pues, reconocer, convencidos por la necesidad que este concepto se os impone, que existe *a priori* en nuestra facultad de conocer.

Ibid., Introducción, Parte II

Kant explica su noción del Tiempo:

El tiempo no tiene realidad objetiva; no es accidente, ni substancia, ni relación: es

una condición puramente subjetiva, necesaria por la naturaleza de la mente humana, que coordina todos nuestros sentidos según una cierta ley, y es intuición pura. Coordinamos tanto las substancias como los accidentes de acuerdo con la simultaneidad y la sucesión, sólo mediante el concepto de tiempo.

De Mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis, 3, 14.

Kant distingue entre dos clases de felicidad:

Puesto que uno es feliz en la medida en que satisface un deseo, sin que se necesite de una gran habilidad para lograrlo, no es algo trivial el sentimiento que le incita a disfrutar de tal placer. Los gordos, cuyos artistas favoritos son los cocineros y cuyas obras maestras yacen en las bodegas, gozan de sus obscenidades ordinarias y de sus chistes vulgares tanto como disfrutan las almas más nobles con más refinadas ocupaciones. Una persona indolente que gusta de que le lean libros en voz alta para, de esta manera, caer placenteramente dormido; el hombre de negocios, para quien todo placer es una distracción que le aparta de conseguir beneficios en un hábil trato comercial; quien ama el sexo opuesto por el mero placer que le produce, y por nada más; el diestro cazador, cace moscas, como Domiciano, o bestias feroces, como A ——; todos ellos tienen sentimientos que les capacitan para experimentar placer, cada uno a su manera, sin envidiar a los otros, o incluso sin ser capaces de concebir otros placeres. No prestaré atención a semejante tipo de sentimiento que pueda tener lugar sin pensamiento alguno.

Prosigue su argumentación:

Los bellos sentimientos, que consideraré ahora, son en su mayoría de dos clases: el sentimiento de lo sublime y el de lo bello. Los dos producen placer, pero de manera distinta. La vista del pico de una montaña, cubierto de nieve y elevándose por encima de las nubes; la descripción de una tempestad salvaje, o la representación que hace Milton de los infiernos, todas nos causan gozo, pero mezclado con terror. Por otro lado, la vista de una pradera cubierta de flores, los valles de arroyos serpenteantes y rebaños paciendo, la descripción del Elíseo, o la representación que hace Homero del cinturón de Venus, nos producen una sensación agradable, pero ahora gozosa y feliz. Para poder sentir la sensación primera debemos tener *el sentimiento de lo sublime,* y para experimentar adecuadamente la segunda, el *sentimiento de lo bello*.

De lo bello y lo sublime, Sección 1, par. 2 y 3.

Un raro ejemplo de poesía kantiana. Fue escrito en 1782, en ocasión de la muerte del pastor Lilienthal, que había casado a los padres de Kant:

Was auf das Leben folgt deckt tiefe Finsterniss;
Was uns zu thun gebührt, dess sind wir nur gewiss.

Lo que viene después de la vida se esconde en profunda oscuridad;
lo que debemos hacer es lo único que sabemos con certeza.

Lo que sigue contribuye en mucho a explicar la popularidad de que gozaban las clases de geografía de Kant entre los ciudadanos de Königsberg. Fue escrito por el Dr. J. H. Stirling, miembro británico, en el siglo XIX, *de la Sociedad Filosófica de Berlín.*

[En sus clases de geografía, Kant] no puede dejar de referir algunos de los hechos más interesantes de que ha tenido noticia… Los negros nacen blancos, salvo un anillo alrededor del ombligo. El ibis muere cuando sale de Egipto. El león es tan noble que no pone su zarpa sobre una mujer… El agua de El Cabo es tan pura que permanece dulce cuando se la trae a Europa. Si se hace una copa de cuerno de rinoceronte, cualquier veneno la romperá… En las Islas Canarias hay un árbol que nunca se pudre, ni en tierra ni en agua. Hay un molusco en Italia que da tanta luz que se puede leer. En el Languedoc hay una fuente de agua termal que saca polladas… Las bestias salvajes sólo comen negros en Gambia, y dejan en paz a los blancos. Los negros de América son inmensamente aficionados a comer carne de perro, y todos los perros les ladran.

Según el Dr. Stirling, todas estas opiniones “fueron expuestas con gravedad”.

Cronología de fechas filosóficas importantes

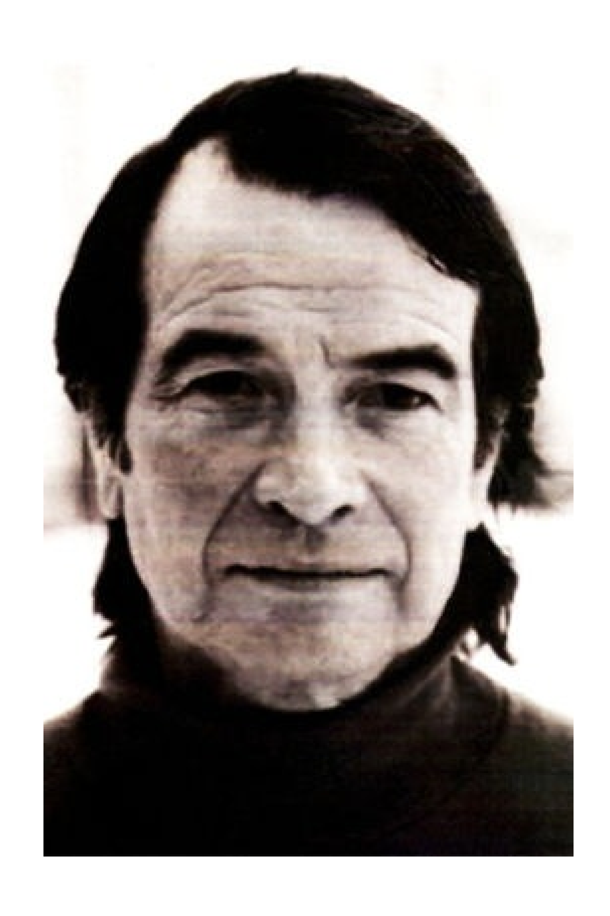
Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d. C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.
1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
1543	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.
1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento*

	humano, conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.
1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.
1889	Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.
1921	Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.
1920-1929	El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.
1927	Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo)*, anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.
1943	Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada)*, adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.
1953	Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos
17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublin, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *bestsellers “Los Medici: Padrinos del Renacimiento”; “Napoleón en Egipto”*; y “*El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*”. Su más reciente trabajo “*El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova*” salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y

Opajoke.